

Carta a Félix Grande

Dando realidad impresa a un proyecto de nuestro recordado José Antonio Maravall, un número de la revista que tan bien diriges va a serme monográficamente dedicado. Como hijo de Adán —Adán, el más antiguo de los hombres sensibles al halago—, debo confesar que este homenaje me complace como pocos podrían hacerlo. Como la persona que yo soy —el español que para identificarse exhibe el D.N.I. 1.352.939—, no puedo ocultarte que vuestra generosidad, la de José Antonio Maravall y la tuya, trae a mi alma un vivo azoramiento.

Amigos míos todos ellos, varios docentes y escritores van a hablar de mí y de mi obra escrita. No sé lo que dirán. Sé, eso sí, que a ello les ha movido la amistad y que su esfuerzo me obliga a doble gratitud, porque gratitud redoblada debemos a quienes, además de ser amigos, han dedicado una parte de su tiempo —de su vida: vida es para el hombre su tiempo— a la faena de demostrarlo. Y sé también que, cada uno a su modo, todos ellos van a ponerme ante lo que yo soy —y no soy— para mí y ante lo que yo soy —y no soy— para los demás. De ahí el azoramiento de que acabo de hablarte. Quien no sea histrión o tirano, quien a lo largo de sus años haya procurado vivir con arreglo a su verdad, aunque a veces no lo haya conseguido, ¿puede acaso no sentirse azorado cuando se ve en el trance de contrastar lo que íntimamente piensa ser, su verdad invisible, y lo que efectivamente ha sido, su verdad vista?

Vivir uno con arreglo a su verdad obliga a dos cosas, la entrega y la humildad. A la entrega, porque sólo se vive con arreglo a la verdad propia poniendo sustancia de uno mismo —por tanto, intimidad personal, pasión, calor— en aquello que se dice y se hace. A la humildad, a una humildad que a veces exige el arrepentimiento, porque ni en el nivel ni en el modo es nadie lo que de veras quiere ser. Estoy seguro de que ni siquiera Miguel Angel, Newton y Kant lo fueron; pero aún más seguro estoy de que lo poco que yo he sido y lo más poco que yo todavía pueda ser —yo: el modesto docente, pensador y escritor de que en estas páginas se habla— dista mucho de lo que según esas tres líneas yo he querido ser. Se ve uno obligado a la humildad, por otra parte, porque, quién más, quién menos, no hay hombre que alguna vez no haya errado al considerar que pertenecía a su verdad, a lo que para sí mismo él es y quiere ser, algo de lo que en su vida efectivamente ha hecho y ha sido.

Cumpliendo aceptablemente el imperativo de la entrega creo haber vivido. He enseñado y he escrito poniendo siempre vida personal —pasión, calor, no sólo pensamiento propio o ajeno— en mi enseñanza y en mi escritura. En este sentido, me atrevo a pensar que he sido fiel a mi verdad.

Creo haber cumplido también, no sé si aceptablemente, el imperativo de la humildad. De buen grado, pero con cierta íntima melancolía, aceptando mis limitaciones

y tratando de luchar contra ellas; porque vivir personalmente, ser en alguna medida la persona que uno quiere ser, consiste, entre otras cosas, en esforzarse día a día por dilatar en lo posible el límite propio y en aceptar sin amargura ni resentimiento, puesto que el límite nos constituye, el que en definitiva resulte de nuestro esfuerzo, en decir con entera sinceridad, con el poeta: «¡Hacedor de mi límite, Dios mío!» De peor grado he tenido que cumplir ese imperativo cuando no ha sido mi verdad, mi verdadera verdad, lo que con mi palabra y mi conducta erróneamente creía realizar. Algo, sin embargo, puedo decir en mi descargo: a diferencia de lo que, según el padre Isla, hacían algunos predicadores de su tiempo, nunca me he conducido pensando en mis conveniencias, y nunca me dolieron prendas a la hora de juzgar mi conducta y mi obra.

Una vez más debo traer a colación el discernimiento de los tres Tomases que hay en cada Tomás, según el dictamen del médico Oliver Wendell Holmes y del más que médico Miguel de Unamuno: el Tomás que uno cree ser, el que los demás piensan que es y el que real y verdaderamente es y únicamente Dios conoce. Las páginas subsiguientes ofrecerán una visión benevolente y benediciente, más atenta a señalar lo estimable que a denunciar lo reprehensible, de lo que yo hice y soy. Dejando para cuando Él quiera el juicio inapelable de Dios acerca de lo que real y verdaderamente haya sido yo, esto que por tu magnánima mediación, Félix, han querido decir de mí algunos amigos míos, va a poner en los recovecos de mi conciencia dos peliagudas interrogaciones: ¿en qué medida esa benevolencia y esa benediciencia me han hecho parecer más de lo que realmente soy?; y si mi cuerpo y mi mundo lo consienten, ¿hasta qué punto y de qué modo podré acercarme a ser de veras lo que en estas páginas se ha dicho?

Como ves, querido Félix, había y habrá motivo para mi azoramiento. Pero azorarse ante lo que uno es, puede ser y debe ser, ¿no es en fin de cuentas un modo muy auténtico de vivir como persona? Este es el más alto de los beneficios que tu diligente y generosa amistad me ha regalado, y en él tiene su nervio más hondo el vivo agradecimiento que te debo.

Pedro Laín

Mayo de 1987